

**1 INFORME SOBRE LA CRISTOLOGIA DE LEONARDO BOFF,  
A PARTIR DE VARIAS DE SUS OBRAS**

Leonardo Boff o.f.m., un fraile brasileño, es uno de los teólogos latinoamericanos más conocidos. Obras como “La vida más allá de la muerte”, “La experiencia de Dios”, “El Destino del Hombre y del mundo”, “La Resurrección de Cristo, nuestra Resurrección en la Muerte”, “Los sacramentos de vida y la vida de los sacramentos”, además de muchos ensayos, artículos, estudios que periódicamente publica en las más autorizadas Revistas especializadas, son prueba de su intensa actividad teológica.

El presente informe quiere hacer resaltar algunas de las intuiciones cristológicas del autor, a partir de sus obras:

- **Teología desde el cautiverio** (Col. Iglesia Nueva 19). Indo-American Press Service de Colombia. Bogotá, 1.975.
- **Jesucristo el Liberador.** (Col. Iglesia Nueva 27). Indo-American Press Service de Colombia. Bogotá, 1.977.
- **La vida más allá de la muerte** (Col. Perspectivas CLAR 6). Indo-American Press Service de Colombia. Bogotá, 1.977.
- **Jesucristo y nuestro futuro de liberación.** (Col. Iglesia Nueva 32). Indo-American Press Service de Colombia. Bogotá, 1.978.

**1.- Hacia una cristología de la liberación.**

Toda Teología y, por ende, toda Cristología depende de la situación histórica en que se realiza. Es decir, asume la persona de Jesucristo, Hombre-Dios, su mensaje y su obra, en un momento y en una situación concretos de la historia humana, que es historia de la salvación.

Por ello, una Cristología Liberadora presupone y depende de una de-

terminada práctica social, teniendo presente la ruptura con el contexto vigente de dominación. Particularmente en Latino América, partimos de una constatación: el hecho brutal y clamoroso de las grandes mayorías de nuestro continente cristiano, viviendo y muriendo en condiciones inhumanas de existencia: desnutrición, mortandad infantil, enfermedades endémicas, bajos salarios, desempleos, falta de seguridad social, de higiene, de hospitales, de escuelas, de viviendas; en una palabra, el fenómeno de la insuficiencia de aquellos bienes necesarios para una dignidad mínima de la persona.

Comúnmente, se llama a esto "subdesarrollo". Junto a semejante subrealidad, se encuentra la otra realidad de nuestra gente: la fe cristiana con sus polícromos valores, la hospitalidad, el calor humano, el sentido de la solidaridad, el anhelo inmenso de justicia y participación, el gusto por las fiestas... Este ethos cultural está siendo trabajado de forma desintegradora por el mito del progreso en moldes capitalistas con su correspondiente consumismo elitista.

Sin embargo, en la fé, muchos cristianos han comprendido: esta situación contradice el designio histórico de Dios; la miseria de nuestros pueblos constituye un pecado social que Dios no quiere; se impone, urgentemente, un cambio para ayudar a los hermanos y estar en la obediencia a Dios. Por lo tanto, el interés de los cristianos por un cambio de estructuras no tiene solamente un contenido sociológico -lo que ya sería mucho- sino que tiene un contenido teológico, porque por el cambio se trata de hacer viables la justicia y la fraternidad, que son valores teológicos. Esta práctica, con su teoría implícita y no elaborada, propicia una lectura propia de la fe cristológica.

Una cristología de liberación se construye gracias a dos mediaciones teóricas fundamentales: la mediación socio-analítica, que atañe a la realidad que ha de ser cambiada, y la mediación hermenéutica, que concierne a la pertinencia teológica, (lo que garantiza al cambio el aporte específico cristiano y teológico), leyendo a la luz de Jesucristo salvador y de la Palabra de la revelación el texto socio-analítico.

Se trata de mirar, a la luz del Evangelio, el proceso histórico global desde la perspectiva de los pobres, de los marginados y vencidos y de actuar junto con ellos para superar las condiciones objetivas que generan lucha desigual de clases y opresión de unos sobre otros y para crear viabilidades al derecho de los pobres.

Esta opción no supera la ambigüedad inherente a todo proceso de liberación, porque no toda liberación significa ya anticipación y concretización del Reino y ninguna liberación puede ser absolutizada en sí misma. La salvación anunciada por el Cristianismo constituye un concepto englobante; no se limita a las liberaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas, pero tampoco se realiza sin ellas.

La esperanza cristiana y la recta comprensión de la escatología nos

garantizan el decir que este mundo no es solamente el palco sobre el cual se representa el drama de la salvación, sino que pertenece al mismo drama. La salvación definitiva y escatológica se mediatiza, se anticipa y se concreta en liberaciones parciales intrahistóricas a todos los niveles de la realidad en la historia y está siempre abierta en dirección de una plenitud y de una globalidad solamente alcanzables en el Reino.

La liberación de Jesús asume un doble aspecto: por una parte proclama una liberación total de la historia toda y no de un segmento de ella; por otra, anticipa la totalidad en un proceso que se concretiza en liberaciones parciales siempre abiertas a la totalidad.

La esencia del Reino está constituida por la liberación total que genera la libertad plena y ése es el bien escatológico de Dios. La historia es proceso para eso.

## 2.- Relevancia liberadora del Jesús histórico.

El hombre nuevo, el hombre plenamente reconciliado, el hombre totalmente libre de las rupturas, del fracaso histórico y de toda clase de servidumbres, ha emergido finalmente, ha irrumpido y ha explotado en el acontecimiento de Jesucristo. En el hombre Jesús de Nazaret, resucitado, apareció el nuevo ser, la reconciliación ya dentro de la historia, la irrupción de la escatología antropológica. A partir del evento Jesucristo se entiende qué es el hombre, y a qué está llamado y qué futuro se anuncia para él y para la realidad que lo rodea, pues el futuro ya se ha manifestado en un presente.

Los relatos evangélicos nos dan testimonio de un hombre que era esencialmente un ser-para-los-otros. Pasó por el mundo haciendo el bien, curando a unos, perdonando a otros, consolando a unos terceros, suscitando esperanza y abriendo a los hombres hacia la libertad, hacia los demás y hacia Dios. Jesús fue radicalmente "Hijo de Dios", en el sentido creacional de la palabra. El no surge como un teólogo ni como un místico para quienes Dios representa el máximo esfuerzo de la vida. Para Jesús, Dios es una evidencia existencial. El vive como el hijo en la casa del Padre, con hermanos y hermanas. En él apareció el camino de lo que es ser hijo de Dios en plenitud. Depende del Padre en todo, pero no se siente niño neuróticamente dependiente. Es adulto y tiene su camino y su proyecto, que es instaurar en medio del mundo el Reino de Dios. Es una alteridad y se relaciona con Dios como un yo con un tú, gozando de su identidad fuerte y libre. Se encuentra abierto a todos, sin distinción ni discriminación, hasta el punto de causar escándalos a los "piadosos".

La praxis de Jesús como hijo, hermano y señor, libera al hombre de su situación de hijo rebelde, de esclavizador de los hermanos y de des-

pota sobre la naturaleza. En él, por primera vez en la historia, surgió un hombre verdaderamente libre de las trabas históricas que lo oprimían y le impedían ser aquello que percibe como su vocación y realización. El interesa al hombre porque en él podemos ver, saber y seguir lo que el hombre puede y debe ser: hijo, hermano y señor en su limpidez matinal. Jesús de Nazaret libera al hombre de su no-humanidad; libera su libertad cautiva para realizar aquello para lo cual fue llamado.

La vida libre, fraterna, soberana y filial de Jesús provocó una crisis en su mundo, donde se consideraba normal andar con la cabeza abajo y los piés arriba. Es tenido por loco, subversivo, poseso, hereje, ateo. Es rechazado en nombre del Dios que la cultura religiosa había construido y en nombre del humanismo que el no-humanismo había erigido. La forma como Jesús asumió el conflicto, asimiló la crisis, cargó la cruz y vivió la muerte, muestra, una vez más, su profunda humanidad: no huye, no tergiversa, no concede; asume, perdona, sufre por la multitud y muere en una absoluta entrega a los hombres que lo mataban y a Dios que parecía abandonarlo. Y porque Jesús se sometió a todos, los conquistó a todos. Se hizo Señor. No por la imposición de un poder divino o humano, sino por el servicio y por el amor hasta el extremo.

En Jesús Resucitado surgió el hombre que Dios quiso siempre, desde la eternidad. Porque resurrección es la total extra-polación del nombre en Dios. Es la concretización de lo utópico del corazón humano del sueño del Reino de Dios. Esta realidad utópica y escatológica de la resurrección no fue realizada en un César en el culmen de su poder, sino en un crucificado y rechazado por los hombres. Y esta verificación no carece de importancia teológica. Aquí se esconde el sentido secreto y profundo de la resurrección. Esta quiere decir victoria de la justicia, triunfo de la causa de los pobres y pisoteados de la historia. Significa la resolución del más desestructurador conflicto de la historia, que es el sentido de los que mueren luchando por un mundo más fraterno y divino (adecuado al reino de Dios), de los que son vencidos y son olvidados por la memoria de los hombres. Jesús fue uno de estos derrotados. Y Dios lo resucitó para manifestar el futuro a que todos ellos están llamados: la plenitud de la vida y la victoria.

En Jesús vivo, muerto y resucitado, se realizó y se consumó la realidad humana. El proceso de hominización llegó a su término en Jesucristo resucitado, hermano nuestro e hijo de Dios, revelación divina y alegría humana.

### 3.- El hombre libre: Agente de una cristología liberadora.

El Jesús histórico pone de relieve lo principal de la fe cristológica, que es el seguimiento de su vida y de su causa. En este seguimiento aparece la verdad de Jesús: primariamente una verdad que lo es en la medi-

da en que capacita a transformar este mundo pecador en Reino de Dios y, secundariamente, en la medida en que es una verdad que se hace justificable frente a las exigencias de la razón humana en su apertura al infinito. Jesús no se presenta como la explicación de la realidad, sino como exigencia de transformación de esta realidad. En esta medida se constituye como su explicación definitiva. El Jesús histórico significa crisis y no justificación de la presente situación del mundo, exige no tanto una explicación sino una transformación.

Y es este mismo Jesús quien nos revela al Padre en la medida en que nos muestra cómo caminar al Padre. En otras palabras: solamente en el proceso de conversión-cambio (práctica) se tiene acceso al Dios de Jesucristo y no por una reflexión abstracta (teoría). Por eso, el hombre libre supone el punto de partida desde la conversión: el abandonar el centro mundano del poder, del saber y del tener, para centrarse en el Señor y hacerlo todo 'relativo' a El. Es asumir el don de la conversión como cambio de lugar social e identificación con el proyecto de Cristo Liberador. Es llamada y fuerza para acoger plena, real y conscientemente el Reino de Dios, según el modelo de Cristo.

La praxis de Jesús implica un nuevo tipo de solidaridad más allá de las diferencias de clase y de diferencias inherentes a la vida. A todos intenta defender en su derecho, especialmente a los pequeños, enfermos, marginados y pobres. Todo lo que divide a los hombres, como envidia, codicia, calumnia, opresión, odio, es combatido por Jesús. El propugna el espíritu de las bienaventuranzas, único capaz de transformar este mundo en digno de la mirada de Dios. La llamada de Jesús a toda renuncia de venganza y en favor de la misericordia y del perdón, nace de su fina percepción de la realidad histórica: siempre habrá estructuras de dominación, pero esto no nos debe llevar al desánimo o a la asunción de la misma estructura. Se impone la necesidad de perdón que es la fuerza del amor capaz de convivir con las contradicciones y superarlas desde dentro.

El hombre libre es el que acepta y entra en un proceso de conversión/liberación. La conversión postulada por Jesús no es solamente cambio de convicciones (teoría) sino principalmente cambio de actitudes (práctica), y no solamente del hombre considerado como irreductibilidad de una libertad personal (corazón), sino del hombre como un ser concreto, involucrado por una red viva y activa de relaciones. Conversión es, positivamente, la producción de relaciones modificadas a todos los niveles de la realidad personal y social, de tal forma que concretese liberaciones y anticipe el Reino. La conversión no debe ser entendida como condición para que el Reino venga, sino que significa ya su inauguración, presencia y actuación en la historia.

A partir de esta conversión, se da el hombre nuevo, el hombre libre el ser nuevo y escatológico, presente en Jesús resucitado. Y en la raíz de

este nuevo ser se descubre una praxis nueva, una imitación de Jesús que no es fariseísmo de gestos exteriores, sino expresión de verdad interior, nueva y plenificada: el Reino apropiado por la persona, que se traduce en la realización del hombre no en sí, sino en el otro, entendido que la grandeza no está en ser servido sino en servir, la plenitud del amor no es ser amado, sino amar. Es ésta la plena felicidad del hombre y la mujer libres, pues existen totalmente para aquello para lo cual fueron creados.

En consecuencia, seguir a Cristo es pro-seguir su obra, per-seguir su causa y conseguir su plenitud. Este seguimiento de Jesús, en Latino América, debe darse a partir de una opción por los pobres, como experiencia de fe, como comunión de vida con Jesús, como decisión de participar en su praxis liberadora para establecer el Reino, como aceptación de las consecuencias que esto pueda traer, incluso si van hasta la entrega de la propia vida, como le ocurrió a Jesús.

Miguel Rojas